

El miedo en Occidente en la era de internet. Fear in the Internet era

Isabella Pezzini (Traducción de Carmen Mata y Manuel Mata)

El artículo traza una panorámica del miedo, un sentimiento de incertidumbre y retirada defensiva a menudo genérico y pervasivo en las sociedades actuales, fácilmente explotado por la política con fines electorales y por los medios con fines comerciales. Estos últimos contribuyen con frecuencia de modo significativo a difundir los miedos colectivos, por ejemplo dedicando grandes espacios a la crónica negra y tratando actos terroristas o catástrofes naturales como espectáculos. El artículo se centra también en el modo en que la semiótica de la cultura, particularmente la de Lotman, ha tratado la cuestión, encontrando ciertas sorprendentes analogías entre los casos estudiados en el pasado y los contemporáneos. Entre estos, la construcción del enemigo, identificado con la alteridad, en particular de inmigrantes y mujeres.

Palabras clave: Miedos colectivos, semiótica de la cultura, guerra de las imágenes, xenofobia, feminicidio.

The paper provides an overview of fear, a feeling of uncertainty and defensive retreat often generic and more pervasive in society today, easily exploited for electoral politics and commercial purposes by the media. These latter often contribute significantly to spreading the collective fears, such as devoting much space to the black chronicle, and dealing with natural disasters or terrorist acts as a spectacle. The essay also discusses the way in which the semiotics of culture, particularly that of Lotman, has themed the issue, finding some surprising similarities between the cases studied in the past and the contemporary. Among these, the construction of the enemy, identified in the otherness, in particular immigrants and women.

Keywords: Collective fears, semiotics of culture, war pictures, xenophobia, femicide.

Isabella Pezzini, catedrática de Semiótica en el departamento de Sociología y Comunicación en la Universidad de Roma La Sapienza, Italia. Miembro de los programas de doctorado en Ciencias de la Comunicación (Universidad de Roma La Sapienza) y en Disciplinas Semióticas (Instituto Italiano de las Ciencias Humanas de la Universidad de Bolonia). Miembro de la junta de "Versus. Quaderni di Studi Semiotici" y "E/C. Rivista on-line dell'Associazione Italiana Studi Semiotici". Principales áreas de investigación: teoría semiótica, semiótica textual, semiótica de la cultura, subjetividad. E-mail de contacto: isabella.pezzini@uniroma1.it

Este artículo fue referenciado el 8 de abril de 2015 (Universidad Complutense de Madrid).

1. MIEDOS LÍQUIDOS

Entre las palabras clave que se utilizan para describir y caracterizar a la sociedad contemporánea se encuentra, sin duda alguna, *miedo*. Ello es ya de por sí indicativo de que el análisis de lo que se daba en llamar *opinión pública* se está desplazando cada vez con más frecuencia e indefectiblemente desde una dimensión que podríamos denominar cognitiva (del saber, de la racionalidad, etc.) hacia una dimensión fundamentalmente emocional y patémica, como ya sugería la investigación semiótica de principios de los años ochenta del siglo pasado (Greimas 1983; Greimas-Fontanille 1991). En palabras del exitoso profeta de la liquidez, Zygmunt Bauman, la “sociedad abierta” de la globalización vive en realidad en la incertidumbre, está o se siente expuesta a los golpes del azar o del destino (Bauman 2008; 2014). Uno de los mayores efectos negativos de la globalización parece ser, precisamente, la imposibilidad de obtener seguridad, a pesar de la información exhaustiva diaria y en tiempo real sobre todo aquello que nos amenaza: catástrofes naturales y provocadas por el hombre, guerras, crisis económicas y financieras, delitos o epidemias. En las poblaciones con la mayor esperanza de vida que se haya conocido jamás lo que encontramos, en realidad, son sentimientos de precariedad, de inseguridad, de incertidumbre. Los propios gobiernos son poco dados a diseñar estrategias a largo plazo contra las causas de estos sentimientos y tampoco están capacitados para hacerlo. De hecho, el Estado liberal, cuyo poder se ha visto enormemente reducido respecto a su concepción tradicional, apenas consigue ejercer de algo que no sea un Estado policial, centrado en la lucha contra el crimen. Por otra parte, la “capitalización del miedo” se ha convertido a estas alturas en una estrategia política habitual –y de momento triunfante–, tan habitual como probablemente ineficaz, o incluso contraproducente, como demuestran los casos macroscópicos de lucha contra el terrorismo en la Alemania de los años sesenta del siglo pasado o, más recientemente, en la guerra de Irak, desencadenada a causa de la misteriosa existencia de armas de destrucción masiva almacenadas en ese país para ser usadas en un ataque a Occidente. Según numerosos analistas, es muy probable que la propia organización Al Qaeda haya crecido exponencialmente gracias a la lucha contra ella, lo cual nos proporciona uno de los ejemplos más recientes del círculo vicioso que se puede establecer entre miedo y acciones inspiradas en el miedo.

La dinámica intrínseca del miedo, de hecho, nos alerta sobre el hecho de que se realimenta, adquiere su propia lógica de desarrollo, crece y se expande sin que se pueda refrenar. El miedo generalizado y vago, con objetivos renovados que vienen a sumarse a los anteriores, conduce a una actitud defensiva, de huida de un peligro tan constantemente advertido que casi parece llevar a esperar que aquello que inspira el miedo suceda, acabando por materializarse de una manera u otra.

Si hace tan solo unos cuantos años el progreso se consideraba un factor de esperanza, ahora parece provocar solamente crisis y desvelos continuos, sin un instante de tregua. La provisionalidad se ha convertido en un régimen de existencia. Incluso en las sociedades más acomodadas, como las occidentales, se propagan manías

preventivas incluso a nivel individual que son síntoma de un estado general de miedo: seguros, prevención de enfermedades u obsesiones fóbicas de distinto tipo. El sentimiento de vivir en una sociedad que hace del riesgo su bandera es alimentado por la mercadotecnia y la publicidad, que encuentran en ello un terreno abonado para ampliar su mercado. El miedo a ataques criminales en la ciudad, por ejemplo, ha fomentado incluso en Europa el recurso a zonas residenciales cerradas o a costosos vehículos SUV para desplazarse. Se le presta una gran atención a la seguridad personal, que se siente continuamente amenazada aun cuando las estadísticas aseguran que los delitos más graves contra las personas siguen disminuyendo. La primera causa de muerte fortuita en Italia son los accidentes de tráfico pero los medios de comunicación les dedican mucha menos atención que a la crónica negra, cuyo seguimiento parece ser cada vez más lucrativo. La “estructura del suceso” resulta sorprendentemente estable desde que empezara la difusión de los tabloides, y, de la misma manera que inspiraba a Andy Warhol a principios de los sesenta, hoy inspira a nuevos artistas, que proyectan *performances* sobre cualquier situación en la que nuestra vida corre peligro.

Con respecto a órdenes sociales que hasta hace unos cuantos decenios se basaban en una visión general que aspiraba a la solidaridad y a garantías colectivas, llama la atención el aumento del individualismo y la difusión insistente por parte de los políticos del mensaje de que una mayor flexibilidad individual se presenta como el único remedio para la situación que se ha acabado creando. Por consiguiente, cada cual se afana en buscar en las redes de un Estado de bienestar cada vez más desestructurado una solución individual para sí mismo y para los suyos. “El espectro de la degradación social del que el Estado social juraba que iba a proteger a sus ciudadanos resulta que es reemplazado, bajo la forma política del “Estado de la seguridad personal”, por las amenazas de las distintas figuras criminales, a menudo concentradas en la figura del inmigrante clandestino” (Bauman 2014, p. 65 de la trad. it.). Si el propio nacimiento del Estado moderno guarda una estrecha relación con la función misma de gestionar el miedo y proteger a sus ciudadanos, en forma de un seguro colectivo contra las desgracias individuales, que no es otro que el que lleva el nombre de “bienestar”, hoy todo eso se pone en tela de juicio. Hoy incluso se añora el modelo de la “fábrica fordista”, fuente de conflictos pero al mismo tiempo refugio seguro. Ahora la financiarización de la economía hace que todo sea más difícil de entender y sobre todo de prever y gestionar. Intervenciones drásticas en el Estado del bienestar como las que se han realizando recientemente en los países europeos más débiles han favorecido la formación de nuevas clases y subclases de personas potencialmente peligrosas: parados, excluidos, superfluos, jubilados anticipadamente e inmigrantes sin derechos o, peor aún, “clandestinos”. Las cárceles, abarrotadas, a menudo abandonan su vocación de emparejar el castigo con un proceso de reinserción social, de manera que al final triunfa la profesionalización del “delincuente habitual”.

De otro lado, también las ciudades, nacidas como espacios de defensa, tienden hoy día a convertirse en el espacio preferido del miedo, donde con mayor frecuencia suceden crímenes o se perciben amenazas a las personas y a la propiedad

de los individuos. De ahí que se tienda a dar prioridad a la construcción de espacios de interdicción en lugar de espacios de encuentro y comunicación. La mixofilia, que se considera el principal atractivo de la vida urbana, se transforma de este modo en mixofobia. La gente se ve obligada a crearse islas de semejanza e identidad en el mar de la variedad y la diferencia. Los individuos viven atemorizados por la participación, que supone compromiso, esfuerzo de comprensión y respeto recíproco. Se buscan islas de iguales y se pierde la capacidad de negociar y aceptar las diferencias. La ciudad puede verse entonces como un gran vertedero de las tensiones sociales o bien como el laboratorio en el que se ensayan nuevas soluciones para la convivencia y la coexistencia de la diversidad.

Pero, ¿dónde buscar el antídoto contra este miedo general que inunda el presente? Franck Furedi, autor de *Culture of Fear* (1997), recuerda muy oportunamente que el miedo es definido culturalmente, más allá de sus raíces sensibles que se hunden en la profundidad de la condición humana, y que los medios de comunicación desempeñan en las sociedades actuales una función fundamental de ritualización del miedo: lo alimentan, lo orquestan, lo gestionan. Con frecuencia —no siempre, evidentemente— de manera irreflexiva, dado que el *suceso* y su relato están en su ADN, y los medios de comunicación son empresas nacidas para construir y satisfacer a sus audiencias. Audiencias que, por otra parte, dan muestras de no hacerle ascos a los géneros ligados al miedo. Según Furedi, el miedo hoy se presenta en realidad como alejado de todo objeto específico, un problema en sí mismo, algo vago y fluctuante y, por lo tanto, fácilmente reconducible a ámbitos de experiencia también muy diferentes entre sí. Como ocurre en los periódicos, donde cada miedo acaba reforzando el que está por llegar. El miedo se ha convertido en una ideología, una perspectiva en sí mismo. Por ejemplo, como ya se ha recordado, para los partidos políticos el miedo es un recurso cultural del que se sirven para recabar consenso, de tal forma que la diferencia entre derecha e izquierda muchas veces se reduce al tipo de miedos que plantean al electorado. Al ser el miedo algo intangible y difuso, las amenazas acaban siendo incalculables, lo cual es un excelente caldo de cultivo para el temor. Otra característica del miedo contemporáneo es también su individualización. No tenemos miedo todos juntos sino cada uno por su cuenta, algo que mina los sentimientos de solidaridad y comunidad, que servirían precisamente para plantarle cara al miedo. En definitiva, tenemos miedo de nosotros mismos y el miedo se convierte en un vehículo para darle significado y sentido a la vida.

2. CAZA DE BRUJAS, VIEJAS Y NUEVAS

La reflexión semiótica sobre las pasiones, que pretende identificar modelos culturales con cierto grado de generalidad a partir de textos de lexicógrafos y filósofos, o de relatos más clásicos, aspira a identificar el núcleo más estable de una configuración destinada a articularse de diferente manera en función del contexto. Las pasiones y los términos que se usan en cada lengua para expresar emociones suelen formar parte de

constelaciones más amplias y sus definiciones, expandidas, pueden proporcionar los elementos en los que se basan microrrelatos y secuencias discursivas recurrentes.

En efecto, la literatura semiótica sobre el miedo coincide mayoritariamente con lo que vienen observando los estudiosos del mundo contemporáneo sobre la situación actual. A propósito de esta coincidencia, y a partir de su comparación, cabría preguntarse, si hay algo que pueda enriquecer cada una de estas perspectivas y qué puede ser ese algo (Pezzini 1998; Fontanille 2005). Por su parte, Iuri M. Lotman ha mostrado gran interés por los miedos colectivos y su papel en las dinámicas culturales. Autor de estudios anteriores sobre la correlación en los sistemas culturales de miedo y vergüenza, y de honor y gloria, Lotman retoma el tema de los miedos colectivos y de sus consecuencias en un momento en el que centra su atención en el tema de la *imprevisibilidad* y la *explosión*, conceptos muy pertinentes en el estudio de la historia y la cultura rusas, a menudo sacudidas por disturbios y revoluciones. Para Lotman, el estudio de las grandes oleadas pasionales que afectan a una comunidad en momentos de crisis resulta fundamental con el objeto de descubrir, en realidad, también las reglas de su funcionamiento “normal”, de la misma manera que Jakobson había estudiado el lenguaje a partir de sus patologías. El caso más interesante, sin lugar a dudas, es cuando no es precisamente un peligro objetivo y bien identificado –la guerra, una epidemia– el que amenaza a una sociedad sino cuando la amenaza es una construcción cultural, creada para ofrecer una válvula de escape de inquietudes profundas que no podrían expresarse de otra forma: “En esta situación surgen destinatarios mistificados, contruidos semióticamente: no es la amenaza la que provoca miedo sino el miedo el que crea la amenaza. El objeto del miedo es una construcción social, es el nacimiento de códigos semióticos de los que se sirve el socium en cuestión para codificarse a sí mismo y al mundo que lo rodea. Precisamente esos son los casos más significativos para nosotros” (Lotman 2008: 3-4, trad. it.).

A Lotman le llama la atención la gran semejanza que, salvando diferencias de espacio y tiempo, caracteriza a la producción de fenómenos como estos. Por ejemplo, descubre la recopilación, que considera fundamental, de una serie de “habladurías” sobre los cristianos en tiempos de los romanos: “De esta forma recibimos (...) la voz de la masa anónima, esos discursos lejanos y oscuros, habladurías y cotilleos que crean el ambiente de miedo y sin los cuales este ambiente no podría existir” (Lotman 2008: 3, trad. it.). De hecho, estas voces serían el negativo que permitiría reconstruir los rasgos prototípicos de los cultos atribuidos a todas las sociedades secretas, con rituales iniciáticos de sangre, secreto compartido, orgías sexuales e incestos. Además, a Lotman le interesa especialmente la llamada “Edad de Oro de Satanás” y su momento álgido de explosión del miedo, los cincuenta años que van de 1567 a 1625. Una vez alcanzado su apogeo, el paroxismo del miedo y del terror en una Europa víctima del complejo de la “ciudad asediada”, según la expresión acuñada por Jean Delumeau, este disminuye bruscamente en la segunda mitad del siglo XVII y, visto retrospectivamente, hasta parece incomprensible. El “otro”, el “extranjero” y el demonio descritos en las fuentes y en las reconstrucciones presentan rasgos comunes. Junto a las brujas, se persiguen

grupos y sociedades secretas que suponen amenazas para la comunidad, considerada bajo la agresiva influencia de Satanás. El miedo dibuja al enemigo como un actante colectivo peligroso, una minoría que, con fines diabólicos y rituales, a menudo celebra en modo “inverso” las prácticas y cultos compartidos por la mayoría. Del estudio de las listas de personas acusadas, procesadas, torturadas y luego condenadas a la hoguera surge un retrato, también en negativo, porque no es la presencia de determinadas características lo que provoca la persecución, sino más bien la posesión evidente de una cualidad que hace singular a una persona respecto a la masa lo que desencadena miedo, odio y envidia.

Si desde un punto de vista sincrónico llama la atención la constancia de un modelo que reaparece cíclicamente, desde un punto de vista histórico, en cambio, es importante captar la especificidad de las diferentes oleadas de miedo y la consiguiente persecución de aquellos a los que hoy llamaríamos “diferentes”, expresión de la Alteridad. En el caso de la caza de brujas mencionado, según Lotman, no se trata tanto de un “retorno a la Edad Media”, período en ciertos aspectos bastante más garantista que la época en cuestión, sino con toda probabilidad del revés oscuro, del corazón de las tinieblas forzado e inducido por una época marcada paradójicamente por enormes avances en el ámbito cultural y científico, “en la que el ritmo de la vida cultural sufre una violenta aceleración” (Lotman 2008: 13, trad. it.). La idea de que tales manifestaciones de miedo y fanatismo fueran producto o residuo de una época prehistórica supuso a su vez, por lo tanto, una construcción cultural, un mito producido como consecuencia de los hechos de hombres que “vuelven a la realidad”, incrédulos ante el hecho de que hubiera existido solo unos cuantos decenios antes tamaña violencia.

Con respecto a los análisis de Lotman referidos a periodos históricos lejanos en el tiempo, la situación actual parece presentar puntos en común sorprendentes. A pesar de ser una época de gran progreso y disponibilidad del conocimiento en numerosos campos, ello no es óbice para la falsificación de la información y la circulación de rumores y habladurías, que arraigan con renovada virulencia precisamente en Internet —símbolo de la revolución tecnológica propiciada por los medios de comunicación digitales— en modo viral e incontrolado. Lo mismo podría decirse de la construcción semiótica del enemigo, que perdura y se manifiesta a distintas escalas, por ejemplo en la relación de cada cual con los sujetos “otros”, considerados estos como fuentes potenciales de peligro; por ejemplo, los inmigrantes, los gays, ciertos grupos étnicos como los gitanos o los hebreos (o, en su lugar, los nativos, los heterosexuales, los árabes o los palestinos). Otro aspecto sorprendente, similar y constante en el tiempo, es la adjudicación a la mujer del papel de chivo expiatorio o víctima para el sacrificio. Y ello no solo en los numerosos países en los que se siguen practicando, a menudo de forma legal o sancionada “culturalmente”, actos violentos de diverso tipo, desde las mutilaciones físicas a la represión sexual o de los derechos fundamentales de la persona, sino también en el mundo occidental, donde aparentemente la condición de la mujer ha mejorado considerablemente respecto al pasado pero que en realidad

sigue rezumando sexismo. En los últimos años la cantidad de delitos contra la mujer en Europa ha sido tal que se ha llegado a acuñar un nuevo término en el que se indica explícitamente el género: *feminicidio* (Spinelli 2008). La explicación cultural que se da de estos delitos se aproxima mucho a la que daba Lotman a la caza de brujas: en el momento de máxima e irreversible afirmación de la autonomía del sujeto femenino en una sociedad dada, se desencadena una reacción por parte de las fuerzas individuales y sociales más conservadoras que se sienten amenazadas en su identidad y su poder por este cambio. En los casos actuales esta reacción pasa más desapercibida en tanto se ejerce en el ámbito doméstico, donde el maltrato y los delitos son cometidos sobre todo por parte de parientes directos o de la pareja, lo que propicia una lectura personalista y se tiende a ocultar la dimensión social y cultural del fenómeno.

Sin embargo, también surgen algunas diferencias significativas con respecto al cuadro pintado por Lotman. Por encima de otras consideraciones, los miedos colectivos en Occidente parecen hoy tender a bloquear las sociedades que son presas de ellos, provocando una especie de gran estancamiento y mermando considerablemente su capacidad de reacción, su poder para reorientar la intervención personal a la hora de afrontar e intentar resolver aquello que supone una amenaza. Incluso considerando la posibilidad de estallidos de violencia. Más allá de los delitos comunes, las guerras están cada vez más peligrosamente próximas, han dejado de estar restringidas a un territorio en sentido tradicional (pensemos en el impacto que provocó el 11 septiembre del 2001 el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York o a los atentados de Madrid y Londres en el 2004 y 2005, respectivamente), y se han revelado como ocasiones para perpetrar crímenes considerados “daños colaterales”, como los casos de la guerra estadounidense de Irak denunciados por Wikileaks o las torturas de prisioneros en muchas cárceles, a veces europeas. En Estados Unidos el eco de las feroces críticas a la eficacia de las operaciones/reacciones militares de la administración Bush ha llegado hasta la administración de Barak Obama, bautizado por la prensa como “el presidente reacio”, por la evidente perplejidad mostrada cuando volvió a aparecer en escena el ejército yihadista con su agresividad. Las masacres “domésticas” imprevistas, individuales o colectivas, parecen de alguna forma concentrar la reacción del odio y de la rabia en determinados individuos cuyos crímenes se presentan como explosiones concretas, imprevisibles y espectaculares, “agujeros negros” en los que se concentra el extendido mal. Incluso las grandes revueltas en la periferia de las metrópolis se encienden y se apagan velozmente, y acaban pareciendo episodios aislados de desahogo sin futuro. En cierto modo es como si el miedo oprimiese y descorazonara sin llegar a ser “colectivo”, es decir, sin llegar a ser reconocido como compartido y sin dar lugar a programas comunes, que desembocarían en análisis y reacciones ordenadas y programáticas. Los componentes de estas nuevas colectividades de miedo no se funden en una “unidad integral” sino que suelen ser “unidades partitivas”, por usar la expresión que Greimas tomaba de la lingüística para hablar de los llamados “actantes colectivos”, unos sujetos caracterizados más por la pérdida de su competencia original que por la adquisición de una nueva, organizada incluso en términos de reacción al nuevo estado de cosas, como la “revuelta” analizada en literatura por Jacques Fontanille. Escapa a este esquema, sin

embargo, la rápida difusión entre los ciudadanos londinenses tras la masacre del 2005 de una interesante contraseña común: *resilience*, resiliencia, es decir, la capacidad de perdurar cada cual en su ser, en sus formas de vida civil habituales, sin dejarse hundir ni arrastrar por el pánico.

3. EL PAPEL DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN: UN CAMPO DE INVESTIGACIÓN

Un elemento fundamental de las sociedades contemporáneas, cuyo análisis apenas está presente en los estudios de Lotman sobre los miedos colectivos, es el papel de los medios de comunicación. Estos, a diferencia de los archivos, las crónicas y los documentos decisivos para la reconstrucción de las situaciones culturales del pasado, adquieren hoy un papel no solo testimonial sino decididamente activo en la construcción de los escenarios del miedo colectivo. Y precisamente respecto a este papel suyo, volvemos a plantearnos la cuestión de cuál es su rol en la formación de la opinión y sobre todo del sentir común. Los análisis más críticos, como el informe del centro italiano de investigación en el ámbito socioeconómico CENSIS (Centro Studi Investimenti Sociali), titulado no en vano “La fábrica del miedo” (2008), ponen de manifiesto que los medios de comunicación tienden a menudo a renunciar a su papel de modernos vates, de mediadores de la(s) crisis siguiendo el modelo catártico de la tragedia griega y de las narraciones clásicas y, en cambio, se prestan de buena gana a ser el crisol y el motor de la dudosa fascinación por el Mal que vive nuestra época, alimentando sus miedos. En particular, se observa con preocupación el espacio informativo ocupado, por lo menos en Italia, por la crónica negra, que con frecuencia asume un carácter discutible, cuando por ejemplo da prioridad a los delitos que amenazan la esfera personal, que interrumpen traumáticamente la vida cotidiana de las personas normales o bien da relevancia y protagonismo a los autores o a los presuntos autores de crímenes, se regodea en detalles morbosos o se sirve de expertos creados *ad hoc* para abandonar arbitrariamente la narración de los casos cuando la considera agotada o no vislumbra en ellos suficientes características de pathos (Morcellini 2013). Y, de otra parte, si vivimos inmersos en una especie de hipertrofia de narraciones que tienen que ver con la desviación, la crónica negra y la judicial, eso significa también que el espectáculo de la violencia y del miedo puede contar con un amplio público. Un espectáculo, por otra parte, que intercepta una expectativa social que se dirige a la comunicación en sus distintas formas, evidentemente no solo para sentir miedo a través de ellas sino también para defenderse de él gracias a una cierta inmunización que conjuga el miedo con la costumbre y, en definitiva, con la indiferencia.

Sin embargo, más que ofrecer respuestas rápidas, esas denuncias y reflexiones plantean cuestiones que reabren la investigación en lugar de darla por concluida. En ese sentido, sería muy interesante, en primer lugar, estudiar la relación entre la vida cotidiana, la crónica de sucesos y el imaginario cultural. Puesto que la principal fuente de experiencia es hoy la mediática, se hace cada vez más difícil –pero apasionante– establecer géneros, fronteras e hibridaciones entre las distintas

tipologías de representación, como por otra parte ponen de manifiesto las fórmulas de la industria del entretenimiento, con expresiones como “*docufiction* o docuficción”, “*biopic* o película biográfica”, “*graphic journalism* o periodismo gráfico” y otras, todas ellas tendentes a mezclar más que a distinguir entre las modalidades tradicionales de relato, entre narrativa natural y artificial, por usar una expresión de Umberto Eco. Dado que gran parte de los contenidos de estos productos se inspiran, además, en los temas de la Sociedad del Riesgo en la que vivimos (Beck), no es de extrañar que se acabe creando un cortocircuito entre las dimensiones de ficción y realidad que hace tiempo se diferenciaban más claramente, cortocircuito al que contribuyen las nuevas tecnologías de la comunicación, en especial por lo que se refiere a la producción sintética de imágenes. Esta misma dificultad, según algunos estudiosos, conduciría a las poblaciones transformadas en público global hacia una forma difusa de anestesia profunda, a pesar de una cierta sensibilización superficial continua (Montani 2007). Se impone, además, ante el pasado, una atención fundamental por el carácter permanente de las imágenes y la particular fuerza simbólica de la que parecen estar dotadas, sin olvidar la dimensión intermediática y multimodal de la comunicación actual, que requiere instrumentos de análisis cada vez más específicos y sutiles (Mitchell 2011; Mitchell 2012).

4. LA GUERRA DE LAS IMÁGENES

En la primera página de un mismo periódico no es difícil encontrar la noticia de un crimen o de un delito cometido “a la vuelta de la esquina” —en el espacio que el lector considera doméstico— y de otro perpetrado, en cambio, “lejos de casa” —en el espacio que el lector considera lejano— y que a través del periódico, y más aún a través de los medios electrónicos, se presenta de golpe en toda su proximidad global. Es el caso de los grandes desastres medioambientales y nucleares, de las epidemias, pero también de las crisis económicas y financieras, de las guerras y el terrorismo, todas ellas calamidades cuya naturaleza y cuyo alcance han cambiado radicalmente respecto al pasado. Aunque subjetivamente nos podamos sentir más amenazados por la inseguridad normal de las calles aledañas a casa o afectados por una agresión personal incluso mínima, está claro que estos peligros no son nada en comparación con aquellos a los que descubrimos que estamos expuestos y ante los que nos sentimos indefensos y en el papel potencial de víctimas “inocentes”.

Pero en primer lugar y en la mayoría de los casos, nuestro rol ante estos acontecimientos es el de *espectadores*, y este es el aspecto quizá más inquietante, subrayado por no pocos intérpretes autorizados de la contemporaneidad. El punto de inflexión de esta situación sobrevino el 11 de septiembre del 2001. El ataque por parte de terroristas islámicos a las instituciones emblemáticas de Estados Unidos, el desplome de las Torres Gemelas en Nueva York tras el impacto de aviones comerciales secuestrados y su transformación en montañas de escombros en unos minutos sucede en directo, ante las cámaras de televisión y los ojos atónitos de los espectadores de

todo el mundo. El sentido del término “terrorismo” entraba en una nueva fase de su semántica histórica. Si la introducción del término *terreur* y de todos sus derivados en el lenguaje político se debe a los franceses y a su Revolución, dado que “Terror” fue el nombre que recibió el período entre 1793 y 1794 por las ejecuciones públicas y sistemáticas, también hoy en día un acto terrorista tiene como finalidad sembrar terror (“gran miedo, fuerte pavor, temor que turba”), tanto si es directo, por el acto en sí, o indirecto, por sus consecuencias. Por ejemplo, puede producir en la población una sensación de ofuscación respecto a las referencias habituales, al orden de las cosas, de los gobiernos o de los pactos sociales que los sostienen y sobre todo puede provocar la pérdida de confianza en este equilibrio, lo cual puede a su vez abrir la puerta tanto a una posible subversión radical de las instituciones como a su paradójico fortalecimiento. Todo ello puede ocurrir tanto por la atrocidad excepcional y calculada de los actos terroristas como por su osadía, y en cualquier caso *por su intrínseco carácter de demostración*. El acto terrorista puede estar dirigido a un objetivo específico o no, ya sea este una persona o un objetivo no personal. Se suele caracterizar por la posibilidad aceptada o calculada de afectar en su ejecución a víctimas inermes, sorprendidas y sin posibilidad de defenderse, mientras desarrollan sus actividades cotidianas, a menudo reunidas en grupos. A esto hay que sumarle la posibilidad de que los terroristas tal vez sacrifiquen, en el mismo acto, su propia vida o la de personas aparentemente inofensivas, como mujeres y niños (cfr. Fabbri 2014, “Kamikaze”). Entre las consecuencias de los actos terroristas se suele contar la alteración de las costumbres de la vida civil y la introducción de leyes y controles que tienen por objeto prevenirlos, lo cual se traduce en distintas formas de limitación de la libertad de todos. Así, después del 11 de septiembre, por ejemplo, los controles en los aeropuertos de todo el mundo se intensificaron notablemente, recordándonos cada vez que viajamos en avión aquel episodio y el margen de riesgo y de peligro que asumimos al usar este medio.

En la época de los medios de comunicación, el teatro preferido de los actos terroristas vuelve a ser el lugar público como espacio simbólico del poder que hay que derrocar, conquistar o mantener, pero se trata de un lugar que lleva aparejada una dimensión mediática. De tal forma que no sólo se eligen calles, plazas, colegios, mercados, lugares de culto, medios de transporte o lugares de trabajo, de encuentro o de ocio por su carácter de espacio físico sino, más si cabe, por ser espacios de difusión de la noticia que generan, de su captación por parte de los medios. Por mucho que se afirme que el terrorismo presupone y determina el fracaso de cualquier intento de comunicación, el factor comunicativo en los actos terroristas, si bien es brutal, resulta insoslayable. La máxima resonancia y divulgación del acto terrorista forman parte de su estrategia y de su éxito. También en ese sentido se habla de su dimensión *espectacular* (Baudrillard). En la cultura occidental el dispositivo espectacular hunde sus raíces en el teatro griego, cuya teoría recogió Aristóteles en su *Poética*, obra en la que resulta fundamental la dimensión de la eficacia en el cuerpo de espectadores (*piiedad y terror* en la tragedia). Simplificando y a menudo degradando este modelo, los medios de comunicación construyen dramáticamente las noticias, orientando su comprensión y significado sobre todo a partir de narraciones cargadas de pathos, que retoman las

formas codificadas de los géneros de espectáculo dominantes. La guerra de Irak (o segunda guerra del Golfo), que se inició el 20 de marzo del 2003 con la invasión por parte de una coalición multinacional guiada por los Estados Unidos y se dio oficialmente por terminada el 15 de diciembre del 2011 con el traspaso definitivo de todos los poderes a las autoridades iraquíes por parte del ejército estadounidense, tardó poco en ser calificada como una “guerra de imágenes”, en la que ningún contendiente se quedó a la zaga. Algunas imágenes en concreto han sido emblemáticas de esta guerra y han desatado intensas polémicas. Por ejemplo, las fotografías difundidas por los norteamericanos de la muerte de los hijos de Sadam Husein y, posteriormente, de la captura, el juicio y la ejecución de este último; a continuación, los vídeos y las fotografías difundidos por Al Qaeda de las ejecuciones de occidentales caídos en sus manos. Poco después, el descubrimiento de las torturas practicadas por los americanos en las cárceles de Abu Ghraib, a través de las fotos-recuerdo de los propios artífices, o los vídeos de los ataques aéreos americanos en Irak filtrados por Wikileaks. Todas esas imágenes fueron producidas y difundidas como actos y meta-actos de una guerra de una dimensión simbólica esencial, en la que las partes pretendieron hacer alarde de su fuerza y su poder; producir horror y terror en el enemigo; desenmascarar sus estrategias de mistificación o camuflaje. El terreno de los medios de comunicación, más que ser un espacio “de comunicación”, se convierte así en una prolongación del espacio del conflicto, de contraposición de pueblos y culturas, de pertenencias religiosas y fundamentalismos.

El poder político, cualquiera que este sea, incluye en su propia autorrepresentación su prerrogativa sobre el uso de la fuerza y de la violencia. Michel Foucault (1975), por ejemplo, estudió las ejecuciones europeas “modernas” y observó su paulatina desaparición a partir de los albores del siglo XIX, coincidiendo con una reorganización del conjunto del territorio estatal. Si hubiera vivido hasta la segunda guerra del Golfo, tal vez se habría sorprendido al verlas resucitar, si bien de forma aparentemente desterritorializada, en Internet. En el año 2004, las instantáneas de la captura de Sadam captadas por los fotógrafos *embedded* (empotrados) en el ejército estadounidense en Irak, difundidas ampliamente y publicadas con gran saña en todo el mundo, constituyeron un ritual muy bien conseguido de degradación mediática. El aspecto del cuerpo desaliñado del líder al que sacan de una especie de madriguera subterránea, con el rostro hinchado, el cabello y la barba descuidados, e incluso las imágenes del examen bucal al que fue sometido estaban en las antípodas de su imagen “en majestad” dominante exhibida en miles de variantes por todo el país hasta poco tiempo antes. La puesta en escena estética del cuerpo político sobre el que Sadam había basado la representación de su poder quedó destruida, la degradación afectó a su imagen y caló hasta su honor. Se dijo que se había escondido, abandonando a sus secuaces a su suerte, en pos de una salvación personal carente de dignidad alguna. En el ánimo de sus enemigos, la repulsión y la vergüenza provocadas por estas imágenes eran el vehículo perfecto para señalar y ratificar una victoria no solo militar. Entre los espectadores de la parte contraria, por otro lado, no podían sino seguir alimentando su rabia, indignación, odio y revanchismo. A partir de ese momento, se sucedió una larga

serie de “respuestas” que radicalizaron esta estrategia de guerra a través de imágenes. Nos referimos concretamente a los vídeos de las ejecuciones de los occidentales capturados y retenidos como rehenes, como el contratista italiano Fabrizio Quattrocchi o el periodista Nicholas Berg. Precisamente en nuestros días vuelven al primer plano de la actualidad respuestas igualmente prepotentes coincidiendo con la nueva ofensiva del ejército yihadista del Estado Islámico (EI) y de su proyecto de gran califato: desde el 19 de agosto del 2014, día en el que fue decapitado el reportero gráfico americano James Foley, se han sucedido otras tres solo de prisioneros anglosajones (Steven Sotloff, enviado de *Time* secuestrado en Siria, el 4 de septiembre; David Haines, cooperante escocés, el 14 de septiembre; Alan Henning, taxista inglés, el 3 de octubre...). Los vídeos son extraordinariamente similares a la hora de fijar un esquema iconográfico recurrente: el verdugo del EI, de pie a la derecha, de negro riguroso y encapuchado, empuñando un cuchillo con una gran hoja bien visible; el condenado de rodillas a su izquierda, vestido con el mono naranja de prisionero, obligado a mirar a la cámara antes de la ejecución, que en el imaginario occidental es un asesinato sádico y un sacrificio humano...

La difusión de estas imágenes, aparentemente global gracias a Internet, en realidad es mucho menos masiva e indiferenciada de lo que pudiera parecer a primera vista. Por supuesto, sigue las lógicas geopolíticas del acceso a la red. De hecho, en muchos países árabes la información está sujeta a estrictos controles, igual que en muchos estados occidentales, a la cabeza de los cuales están los Estados Unidos, donde se aplican políticas de desinformación. Las audiencias de estas imágenes resultan, por lo tanto, también muy distintas entre sí. Las decapitaciones de rehenes en el año 2004 eran ofrecidas en un primer momento por sitios web cuyo acceso desde los países árabes era, sin embargo, muy limitado (con la excepción de Siria y los pequeños emiratos), y las televisiones y los periódicos no siempre se hacían eco de las noticias difundidas por Internet. En las televisiones árabes la imagen casi siempre acababa desapareciendo (en los paneles de las autopistas de Irán, según relataban los enviados, se podían ver las fotos de los prisioneros de Abu Ghraib, no las de la decapitación del periodista Nick Berg). Por lo tanto, no estaban destinadas a las grandes masas árabes sino a la élite de combatientes dispersa potencialmente por todas partes, como trofeos que invitaban a la imitación basándose en un razonamiento del tipo: “si lo han hecho ellos, nosotros también podemos hacerlo”. En julio del 2005, coincidiendo con los atentados de Londres, los analistas afirmaron en reiteradas ocasiones que los jóvenes fundamentalistas nacidos en países occidentales se “formaban” en el odio antioccidental a través de Internet. Pero estas imágenes estaban dirigidas —y lo siguen estando—, en cambio, sobre todo a las masas occidentales, en las que estos trofeos suscitan en primer lugar horror, entre otros motivos por la mezcla que ponen en escena de tecnología, comportamientos e iconografías neoarcaicas, muy perturbadores para los ojos occidentales (Appadurai 2005). El objetivo declarado de estos “mensajes ensangrentados” es aterrorizar a la opinión pública occidental e inducir a sus gobiernos a retirarse (hoy a interrumpir las incursiones aéreas) y a abandonar el suelo islámico, sea cual sea el objetivo de su presencia, incluso si se trata de cooperación. Pero según

nuestra cultura, estas imágenes constituyen al mismo tiempo un desafío evidente y pueden ser un llamamiento más bien a la venganza de quienes las han visto y no pueden dejar de respaldar una acción que castigue estas infamias, generando peligrosas escaladas militares (cfr. Fallaci).

De ahí la renovada cuestión que problematiza la difusión y publicación de estas imágenes y vídeos en los medios de comunicación. Con el paso el tiempo ha ido tomando cuerpo en los periódicos y en las grandes agencias mediáticas la conciencia de lo delicado del tratamiento de este tipo de material. Más allá de su valor inmediato de *scoop*, de bomba informativa, nos preguntamos acerca de la estrategia comunicativa que habría que adoptar para no acabar siendo cómplices de relanzar el terrorismo mediático, funcionando en definitiva como amplificadores y cajas de resonancia de los terroristas. Y desde hace tiempo, de otra parte, nos preguntamos en contextos más académicos cómo formular una ética de la mirada ante el sufrimiento y el dolor (Boltanski 1993), dando en la práctica por descontado que el sentido común comparta una especie de estética difusa del dolor, que se aplicaría también en el caso de los platos fuertes ofrecidos por el terrorismo. Boltanski nos recuerda que la mirada occidental tiende a representar el dolor y la muerte según esquemas constantes, organizándolos en “lugares comunes” que asignan a los distintos sujetos del evento dramático (la víctima, el verdugo, el testigo, el auxiliador y el espectador a distancia) roles y pasiones predeterminados. Su puesta en escena, además, muy a menudo recurre de manera más o menos consciente a configuraciones depositadas en nuestra memoria cultural profunda (Eisenman), cuya eficacia de representación parece, sin embargo, privarlas de su impacto en términos de relación de desencadenamiento entre pasión y acción, a favor de una especie de ambiguo placer estático. En efecto, en la observación de las textualidades producidas a partir de los actos terroristas de especial impacto, el dolor y la compasión por las víctimas se mezclaría con una especie de fascinación por el tipo de suceso y la contemplación de sus efectos. En suma, según estas lecturas, sería precisamente la estratificación cultural occidental la que la haría progresivamente “reacia” e incapaz de buscar soluciones innovadoras a los conflictos que la minan y la atraviesan, la que la envolvería en sus propios miedos como en elegantes a la par que asfixiantes vestiduras.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAUMAN, Zygmunt (2008) *Paura liquida*, Roma-Bari, Laterza. (Miedo líquido, Barcelona, Paidós, 2007)
- BAUMAN, Zygmunt (2014) *Il demone della paura*, Roma-Bari: Laterza.
- BOLTANSKI, L. (1993) *La souffrance à distance*, París : Métailié.
- CAMPO, A., D. Guastini, D. Cecchi, (al cuidado de), 2010, *Alla fine delle cose*, Florencia: Usher Arte.
- CENSIS (2008) *Quarantaduesimo rapporto sulla situazione sociale del paese*, Milán: Franco Angeli.
- FONTANILLE, Jacques (2005) “Peur”, en Rallo Ditché, E., J. Fontanille, P. Lombardo, *Dictionnaire des passions littéraires*, París: Belin, pp. 215-239.

- GREIMAS, A.J.-FONTANILLE, J.** (1991) *Sémiotique des passions*, París: Seuil.
- GREIMAS, Algirdas Julien** (1983) *Du sens II. Narrativité, modalité, passions*, París, Seuil.
- ISTAT** (2010) *Reati, vittime, percezione della sicurezza*, anni 2008-2009, Istituto Nazionale di statistica, Roma.
- LOTMAN, Iuri Mijaíl**, (1988-89) “La caccia alle streghe. Semiotica della paura”, en E/C, revista on line de la Associazione Italiana di studi Semiotici, publicado en red el 10 de julio del 2008.
- MITCHELL, W.J.T.** (2009) *Cloning Terror: the war of images, 9/11 to the present*, Chicago: Chicago University Press.
- MONTANI, P.** (2007) *Bioestetica. Senso comune, tecnica e arte nell'età della globalizzazione*, Roma: Carocci.
- MORCELLINI** (2013) “Le storie tese. Una critica al racconto dei media dell'Italia di oggi”, editorial al número *Necrologie, Comunicazione punto doc* 7, dicembre 2012-gennaio 2013, pp. 9-31.
- PEZZINI, Isabella** (1998) *Le passioni del lettore*, Milán: Bompiani.
- PEZZINI, Isabella** (2008) *Immagini quotidiane*, Roma-Bari: Laterza.
- SPINELLI, Barbara** (2008) *Femminicidio. Dalla denuncia sociale al riconoscimento giuridico*, Milán: Angeli.